

el resultado es armónico. En pequeña escala sería un escándalo, en grande es una música.

Esta música alegra á la población. Los niños juegan delante de las tiendas; los habitantes salen de las casas; la Plaza Mayor se llena de paseantes; los curas y los oficiales abordan á las mujeres con mantilla; las conversaciones se ocultan detrás de los abanicos; bajo los pórticos, los trajinantes persiguen á las maritornes; una suave claridad que viene de cien ventanas abiertas de par en par y vivamente iluminadas alumbran vagamente la plaza. La multitud va y viene y se cruza en aquella penumbra, y nada hay tan agradable como aquella discreta mezcla de bonitas caras entrevistas y de alegres risas sofocadas.

La libertad de los curas bajo este hermoso clima, nada tiene de escandaloso. Es una familiaridad que las costumbres admiten. No obstante, desde mi ventana, donde lo observo todo, oía á tres curas, cubiertos con sus prodigiosos sombreros y envueltos en sus holgadas capas negras, hablar delante de la fonda, y debo confesar que uno de ellos pronunciaba la palabra *muchachas* de una manera que hubiera hecho sonreír á Voltaire.

Hacia las diez de la noche, la plaza se vacía y Pamplona se duerme. Pero el rumor no se extingue en seguida, sino que se prolonga, y no termina con el sueño que empieza. Parece, durante las primeras horas, que el sueño vibra todavía con todas las alegrías de la velada.

A media noche el silencio es completo, y no se oye más que la voz de los serenos que cantan la hora, la cual, cuando estáis á punto de dormiros, estalla bruscamente en la torre vecina, luego se repite lejana y débil en otra torre al extremo de la plaza, luego va disminuyendo de campanario en campanario, y se desvanece entre las tinieblas.

## XII

## LA CABAÑA EN EL MONTE

Poníase el sol y las brumas empezaban á subir de los torrentes, que se oían retumbar profundamente en los perdidos barrancos. Ninguna huella de habitación. El collado iba haciéndose más y más salvaje.

Yo estaba abrumado de fatiga. Divisé á la derecha, en la ladera y á pocos pasos de la senda, al pie de una elevada roca cortada á pico, un bloque de mármol blanco hundido en parte en la tierra. Un gran abeto muerto de vejez y caído de la altura se había detenido en aquel bloque rodando por la pendiente y lo cubría con su ramaje seco y erizado. Rendido como estaba, aquel bloque y aquel árbol muerto, en los que mentalmente colgaba, como tiendas de campaña, nuestros colchones y nuestras mantas, me parecieron que constituían un confortable dormitorio.

Llamé á mis compañeros, que iban unos veinte pasos adelante, y les expliqué mi arquitectura nocturna, declarándoles que mi intención era vivaquear



allí. Azcoaga se echó á reír. Irumberri, por toda respuesta, miró el humo de su cigarro que volaba hacia el sol. Escamuturra el Puño me tomó de la mano:

—¿Lo ha pensado usted bien, señor francés? ¿Está usted resuelto?

—No estoy resuelto; pero estoy derrengado.

—¡Y quiere dormir aquí!

—Me resigno á dormir aquí.

—¡Bah! Fíjese usted de qué se compondrá su dormitorio. Sólo los muertos yacen en estancias de mármol y de abeto.

Los montañeses, lo mismo que los marinos, son supersticiosos. Ahora bien: yo declaro que en la montaña soy montañés y que en el mar soy marino, esto es, supersticioso en ambos casos y sin razonar, buenamente supersticioso, del modo que lo son en torno mío. La sepulcral reflexión de Escamuturra me hizo meditar.

—Vamos, prosiguió; pocos pasos más, amigo. Le juro á usted que á medio cuarto de legua de aquí encontraremos un buen refugio.

—¡Medio cuarto de legua en España!, exclamé. Son las seis, de modo que llegaremos á media noche.

Escamuturra me respondió con gravedad:

—Llegaremos á media noche si el diablo alarga el camino, y dentro veinte minutos si el francés apresura el paso.

—Andamos, dije.

La caravana volvió á ponerse en marcha.

El sol se ocultó y vino el crepúsculo; no obstante, debo decir que el diablo no alargó el camino. Hacía cosa de media hora que subíamos por un escabroso sendero que culebreaba por entre bloques de granito, de los que parecía que un gigante había

sembrado la vertiente del monte. De pronto se presentó una pradera, una pradera de césped lo más suave, fresco y agradable al pie, y además lo más inesperado.

Escamuturra se volvió hacia mí.

—Ya hemos llegado, me dijo.

Miré delante de mí para ver á donde habíamos llegado, y no vi otra cosa que la línea sombría y desnuda de la montaña. El césped estaba encerrado como una avenida entre dos muros bajos de piedras secas que no había distinguido al primer momento.

Mientras tanto, mis compañeros habían apresurado el paso y yo hice como ellos.

No tardé en ver que subía poco á poco, como una cosa que sale del suelo, y dibujarse, sobre el claro cielo del crepúsculo, una especie de joroba angulosa y oscura que parecía una techumbre coronada por una chimenea.

Era, en efecto, una casa oculta en un repliegue de la montaña.

A medida que se aproximaba, yo iba mirándola. La luz del día no estaba aún completamente extinguida. Hacía lo que en estilo estratégico se denomina un reconocimiento.

La casa era muy grande y construída, al igual que los vallados del césped, de piedras secas combinadas con bloques de mármol; el techo, de paja recortada, imitaba una escalera. Más tarde he encontrado este sistema en algunas pobres chozas de los Pirineos.

En la parte baja de la pared que daba en el declive de la montaña, había un agujero cuadrado por donde salía un pequeño chorro de agua límpida y fresca que caía en la roca é iba á perderse en el barranco con un ruido alegre y vivaracho.

La puerta, baja y maciza, estaba cerrada. No había más que una ventana, abierta al lado de la puer-



ta, muy estrecha y tapiada en sus tres cuartas partes con ladrillos groseramente argamasados.

Aquella pobre morada tenía, como todas las habitaciones aisladas de Guipúzcoa y de Navarra, aspecto de fortaleza; pero era más bien desconfianza que seguridad, pues el techo de la cabaña estaba al alcance de la mano, y se podía forzar la plaza y hacerla rendir sin más artillería que una cerilla química (fósforo).

Por lo demás, en el interior ni luz, ni voz, ni pasos; ningún rumor. No era una casa, sino una masa negra, silenciosa y triste como una tumba.

Escamuturra echó pie á tierra, se acercó á la puerta y se puso á silbar dulcemente la primera parte de una melodía extraña y bonita. Luego se detuvo de repente, y esperó.

Nada se movió en la cabaña. Ni un soplo respondió. La noche, que había caído completamente, añadía no sé qué de triste y fúnebre á aquel silencio tan misterioso y profundo.

Escamuturra volvió á empezar su melodía; luego, al llegar á la misma nota, se detuvo. La cabaña continuó en silencio. Escamuturra empezó por tercera vez, más dulcemente todavía, silbando, por decirlo así, á la sordina.

Los cuatro estábamos inclinados ante la puerta prestando oído. Confieso que retenía el aliento y que el corazón me palpitaba.

De pronto, cuando Escamuturra terminó, se dejó oír la otra parte de la melodía detrás de la puerta de la casa, pero silbada tan débilmente y tan bajo, que resultaba más singular y tal vez más medroso todavía que el silencio. Era lúgubre á fuerza de suavidad. Parecía el canto de un espíritu en un sepulcro.

El Puño dió tres palmadas.

Entonces sonó en la cabaña una voz de hombre,

y ahí va el diálogo lacónico y rápido que se entabló en la obscuridad y en vascuence entre aquella voz que interrogaba y Escamuturra que respondía:

—¿Zuec? (¿Vosotros?)

—Guc. (Nosotros.)

—¿Nun? (¿Dónde?)

—Emen. (Aquí.)

—¿Cembat? (¿Cuántos?)

—Lau. (Cuatro.)

Brilló una chispa en el interior de la morada, encendiéndose una vela, y la puerta se abrió. Lenta y ruidosamente, pues estaba defendida por una barricada.

Un hombre apareció en el umbral de la puerta.

Llevaba en la mano, que levantaba por encima de la cabeza, un gran candelero de hierro en el que ardía una antorcha de resina.

Tenía uno de esos semblantes morenos y tostados que no ofrecen edad determinada; podía tener treinta años, como podía tener cincuenta. Por lo demás, hermosos dientes, ojos vivos y sonrisa agradable, pues sonreía. Un pañuelo encarnado le ceñía la frente, según la moda de los arrieros aragoneses, y apretaba sobre sus sienes sus negros y abundantes cabellos. Llevaba la coronilla afeitada, una holgada muleta blanca que le cubría desde la barba hasta las rodillas, un calzón corto de terciopelo color aceituna, polainas de lana blanca con botones negros, alpargatas y los pies desnudos.

La gruesa mecha de resina agitada por el viento movía rápidamente las sombras y la luz en aquella cara. Nada tan extraño como aquella sonrisa cordial entre aquel siniestro resplandor.

De pronto se fijó en mí, y la sonrisa desapareció como se apaga al soplo la luz de una lámpara. Frunció las cejas, y no apartaba la mirada de mí. No pronunciaba una sola palabra.



Escamuturra le tocó el hombro con la mano, y le dijo á media voz designándome con el pulgar:

—*Adisquidea*. (Un amigo.)

El hombre se apartó para dejarme pasar, pero no reapareció su sonrisa.

Mientras Azcoaga é Irumberri entraban las mulas en la cabaña, Escamuturra y el huésped conversaban en voz baja en un rincón. La puerta se cerró é Irumberri volvió á montar cuidadosamente la barricada como si estuviera acostumbrado á ello.

Mientras Azcoaga descargaba su mula, yo me senté en un fardo, desde donde consideraba el interior de la morada.

La casa sólo se componía de una estancia, en la que estábamos; pero aquella estancia contenía un mundo.

Era una gran sala baja cuyo techo, compuesto de traviesas y tablones apoyados aquí y allá sobre maderos á modo de pilares, dejaba pasar y colgar en largos tallos el heno que llenaba la parte alta de la casa, en el ángulo del techo. Algunos tabiques de listones, más parecidos á enrejados que á tabiques, dibujaban en aquella sala algunas caprichosas divisiones.

Una de ellas, á la izquierda de la puerta, comprendía un ángulo de la cabaña, la ventana, la chimenea, enorme caverna de piedras ennegrecidas por el fuego, y la cama, esto es, una especie de féretro dentro del cual hacían muecas los mil pliegues de un pardo jergón y de una manta encarnada. Era el dormitorio.

Frente por frente del dormitorio, otro compartimiento contenía un becerro acostado en la paja y algunos pollos dormidos en una especie de caja. Era el establo.

En el ángulo opuesto, dentro el tercer compar-

timiento, se amontonaba una informe pirámide de troncos erizados y haces espinosos, provisión de leña para el invierno. Algunos pellejos de vino y arreos de mulas estaban colocados con cierto cuidado junto á los haces. Era la bodega.

En el rincón inmediato á la ventana, entre la bodega y el establo, había una carabina; pero, en un último compartimiento atestado de desperdicios de todas clases, muletas viejas, cestos viejos, un tamboril vasco reventado, guitarras sin cuerdas, vi relucir debajo una espuerta de trapos el mango de una navaja, fino, negro y orlado de cobre como el mango de una faca andaluza. Y distinguí, entre la sombra inmediata, dos ó tres cañones de carabinas escondidas bajo los harapos, y una especie de trompa de metal ancha y abierta, que tomé al principio por la campana de una corneta de montaña, y que era un trabuco. Aquel montón de andrajos era el arsenal.

Un gran bloque de piedra que llenaba el ángulo á la derecha de la puerta, y sobre el que se había construído la pared, formaba un plano inclinado de granito en el interior de la cabaña y servía de cabecera á algunos haces de paja tirados al suelo. Aquello era, sin duda, la posada.

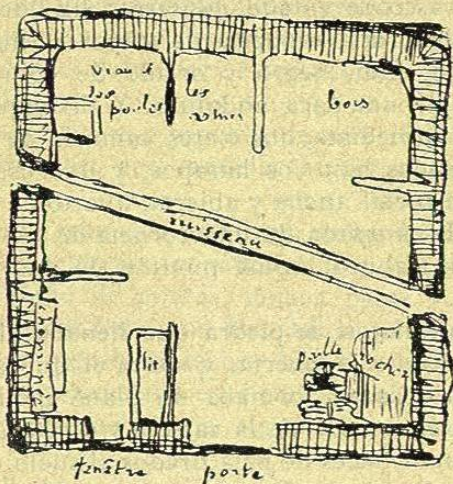
Un niño enteramente desnudo, que dormía probablemente sobre aquella paja y que se había despertado al llegar nosotros, se había acurrucado en el suelo de granito, con las rodillas apretadas contra el pecho y los brazos cruzados sobre las rodillas, y nos miraba con asustados ojos. En el primer momento le tomé por un gnomo; luego reconocí que era un mono; por fin descubrí que era un niño.

Dos altos morillos de hierro labrado, enmohecidos por el fuego y la lluvia, aparecían en la chimenea erguidos sobre sus cuatro macizos pies y



levantaban al extremo de sus largos cuellos dos fauces abiertas. Parecían los dos dragones de la morada prontos á ladrar y á morder.

Por lo demás, no había en la cabaña otro utensilio de cocina que una sartén suspendida en la chimenea, la cual, con el candelero de hierro, los morillos y la cama, constituían todo el ajuar.



Junto al lecho había una jarra de aceite y al lado de la puerta otra jarra llena de leche. Del reborde de la jarra de leche colgaba una artesilla de madera de forma lo más elegante y pura. Era casi una taza etrusca.

Dos gatos flacos y jóvenes, y que habíamos despertado como al niño, andaban en torno nuestro con ademán amenazador. Según su manera de mirarnos, era evidente que hubieran deseado ser tigres.

Tengo una vaga idea de un cerdo que roncaba en un negro rincón.

La casa despedía ese olor azucarado y desabrido que se exhala de todas las cabañas españolas.

No había, por otra parte, ni una mesa, ni una silla. El que entraba allí tenía que estar de pie ó sentarse en el suelo. El que llevaba un fardo se sentaba encima. En aquella morada, la palabra *sentarse á la mesa* no tenía sentido alguno; yo permanecí algunos instantes abismado en esta melancólica reflexión. Me moría de hambre.

En casos semejantes, las ideas tristes provienen del estómago.

Un gracioso rumorcillo, una especie de gorjeo discreto y continuo que había oído desde que entrara en la cabaña, me sacó de mi abstracción. ¿Cuando no hay de qué comer, qué hacer en una posada sino mirar? Yo miré, pues; mas no alcanzaba á descubrir de dónde procedía el rumor.

Al fin, una vez que bajé los ojos al suelo, distinguí en la obscuridad una especie de estremecimiento metálico, una línea de moaré luminoso, y reconocí que atravesaba la cabaña de parte á parte un arroyuelo.

Aquel arroyo, que corría rápidamente por un plano oblicuo é inclinado, por dentro una viga acanalada hundida á flor de tierra, entraba en la cabaña por un agujero abierto en la pared y salía por la pared opuesta. Allí formaba sobre el barranco la pequeña cascada que había observado al llegar.

Singular estancia en que la montaña parecía hallarse en su casa y entraba en ella familiarmente; la roca se quedaba allí, el arroyo pasaba.

Mientras iba haciendo estas observaciones en la actitud elegíaca de un hombre soñador que no ha cenado, las mulas, descargadas y libres de las cabe-



zadas, arrancaban tranquilamente los largos tallos de heno que colgaban del techo.

Visto lo cual, Escamuturra hizo seña al huésped, que las empujó hacia el fondo de la cabaña y arrojó á cada una un haz de forraje.

Mientras tanto, mis compañeros se habían instalado, quien sobre un fardo, como yo, quien sobre una silla de montar puesta en el suelo; Azcoaga se había tendido cuan largo era, envuelto en su muleta.

El huésped había amontonado en la chimenea algunos haces de retama sobre un lecho de hojas secas. Acercó á éstas su antorcha de resina; en un abrir y cerrar de ojos, una gran llamarada subió chisporroteando por la chimenea lanzando torbellinos de chispas, y una hermosa claridad oscilante y rojiza, inundando la cabaña, hizo destacar en los sombríos rincones las grupas de las mulas, la jaula de los pollos, el becerro dormido, los trabucos escondidos, la roca, el riachuelo, los tallos de paja que colgaban del techo como hilos de oro, los ásperos semblantes de mis compañeros y los ojos huraños del asustado muchacho.

Los dos morillos negros con fauces de monstruos se destacaban de un fondo de brasa ardiente y parecían dos perros del infierno jadeantes en el brasero.

Pero nada de todo eso, lo confieso, me llamaba la atención, que estaba completamente absorta hacia otra parte.

Acababa de realizarse un gran acontecimiento en la cabaña.

¡El huésped había descolgado la sartén del clavo!

## XIII

## CAUTERETS

Á LUIS B.

Cauterets.

Os escribo, querido Luis, con los ojos más malos del mundo. No obstante, el escribiros es una agradable y antigua costumbre que no quiero perder. No quiero dejar caer una sola piedra de nuestra amistad. Hace ya veinticinco años que somos hermanos, hermanos de corazón, hermanos de pensamiento. Vemos la creación con los mismos ojos, y vemos el arte con el mismo respeto. Vos admiráis á Dante, como yo admiro á Rafael. Hemos atravesado juntos muchos días de lucha y de prueba sin que se debilitara nuestra simpatía, sin retroceder un paso en nuestro cariño. Permanezcamos, pues, hasta el último día lo que hemos sido desde el primero. No cambiemos nada de lo que ha sido tan bueno y tan dulce. En rís, démonos las manos; ausentes, escribámonos.